

El presente trabajo forma la sección *En Diálogo*, del número 3-2012.

## LA IGLESIA COMO PUENTE DE ACERCAMIENTO\*

**Conferencia impartida en el Centro Cultural Padre Félix Varela, de la Arquidiócesis de La Habana, por Orlando Márquez Hidalgo, portavoz del Arzobispado de La Habana y director de la revista arquidiocesana *Palabra Nueva*, en un encuentro auspiciado por la revista *Espacio Laical*.**

El término puente viene del latín *pontis*. Se afirma que fueron los romanos los primeros en construir un puente sólido de piedra como lo observamos hoy. El puente permitía suprimir la distancia que se antojaba imposible, o salvar el paso sobre el río porque se tenía la certeza, o existía la esperanza, de encontrar del otro lado lo que se necesitaba y no se tenía: el alimento, el nuevo territorio que conquistar, una comunidad humana para interactuar. Pudiera decirse que fue siempre un medio necesario cuando se esperaba encontrar algo nuevo: el puente tenía algo de esperanza.

Para la Iglesia también resulta cercano el término pontífice, del latín *pontifex*, que designaba a los sacerdotes de la antigua Roma, quienes hacían de puente entre los dioses y los hombres. El cristianismo asumió el término, y hoy se aplica al Papa, Sumo Pontífice, o puente entre Dios y los hombres.

El puente, al que nos hemos habituado ya por ser elemento ordinario y cotidiano que nos facilita el camino, tal vez conserva aún, para no pocas personas, aquel sentido de encuentro o reencuentro, aquel significado de lo nuevo que espera ante nosotros. Por ello, al referirnos al puente como metáfora, o cuando hablamos de tender puentes o de cruzar puentes, quizás estemos evocando solo aquel significado primario de quien va al encuentro de otro, de quien tiene esperanza.

Llegados a este punto, es importante notar que no basta que exista el puente, se necesitan además otras premisas. Es necesario que el puente sea robusto y firme, que esté abierto en ambas direcciones, que existan personas dispuestas a cruzarlo sabiendo que no son las únicas que se benefician de su existencia ni les corresponde derecho exclusivo de uso. ¿Puede la Iglesia, en las condiciones actuales del país, ser puente de acercamiento entre los distintos componentes humanos de la sociedad cubana? ¿Puede la Iglesia en Cuba, limitada en recursos no solo materiales, sino también humanos y pastorales, ser el puente o, en otras palabras, aceptar ese desafío mayor que algunos consideran está llamada a asumir por ser la única institución independiente del gobierno y de toda otra potencial tendencia política que pueda desarrollarse en Cuba, independiente de toda la sociedad y al mismo tiempo atada a ella por sus fieles y por su compromiso pastoral, que quiere llegar a todos y cada uno de los cubanos que allí viven?

No es tan fácil la respuesta, porque como dije antes no basta la existencia del puente si las personas no están dispuestas a cruzarlo, o no sabemos construir y habilitar el puente. El significado necesita del significante, de lo contrario el puente puede ser tan solo una estructura-ficción, aunque no por ello la Iglesia pierda su significado propio, que no fue concedido por sociedad alguna, sino por Jesucristo. Y sin embargo esto último, que pudieran desconocer u olvidar quienes se sintieran llamados a cruzar el puente, no sería pretexto para que la Iglesia se niegue a esa función de acercar y comunicar a las personas, aunque en el cruce solo atravesen sus entrañas y sigan de largo.

### **La mediación de la Iglesia: el diálogo Iglesia-Gobierno**

Es evidente que desde el domingo 2 de mayo de 2010, cuando el cardenal Jaime Ortega presidió la misa en la iglesia de Santa Rita de Casia, en el distinguido barrio de Miramar, en La Habana, y las Damas de Blanco pudieron marchar después

de la misa sin ser molestadas por las violentas turbas movilizadas en semanas anteriores, algo distinto se iniciaba en Cuba. Los periodistas presentes lo captaron, los fieles habituales de la parroquia lo percibieron, aunque ni unos ni otros sabían las razones. Pero las Damas de Blanco sí lo sabían. El día anterior, mientras cientos de miles de cubanos se congregaban en las plazas de todo el país en la tradicional marcha del día internacional del trabajo, el arzobispo de La Habana se reunía en sus oficinas del Arzobispado con la que fue hasta su muerte líder de este grupo de familiares de los presos políticos, Laura Pollán, y otras cuatro integrantes.

Allí les informó de su carta dirigida a Raúl Castro para pedir el cese de los actos de repudio y la respuesta verbal positiva que recibió sobre este reclamo, respuesta que incluía el deseo de conocer las demandas del grupo. Allí se concretó el proceso de mediación de la Iglesia entre ellas y el gobierno, y la Iglesia fue puente y medio de encuentro entre unos y otros. El cardenal Jaime Ortega les informó que no serían atacadas nuevamente y que del gobierno querían saber cuáles eran sus reclamos.<sup>1</sup> Quienes tuvimos la oportunidad de ser testigos de estos acontecimientos, compartimos entonces el mismo grado de sorpresa, satisfacción y expectación. ¿Cómo era posible que el presidente cubano, jefe nuevo del mismo gobierno revolucionario que con mano férrea había sancionado a todas aquellas personas de un modo que siempre la Iglesia consideró injusto, innecesario y excesivo, el mismo gobierno que por más de cinco décadas se había rehusado a reconocer cualquier reclamación pública o privada, nacional o internacional, sobre ciertos errores de política interna que dañaban directamente al ciudadano común y negaban la idea de la “revolución más limpia y justa”, escuchara y respondiera positivamente a un reclamo y denuncia proveniente de la Iglesia, y se manifestara interesado en conocer qué querían aquellas mujeres que marchaban a favor de sus seres queridos quienes eran, desde hacía siete años, presentados desde el mismo gobierno como ejemplos del ciudadano traidor, corrompido e inmoral, al servicio de los enemigos del país?

### **Un contexto cambiante**

Desde que Raúl Castro se convirtió en “presidente interino” y tomó las riendas del gobierno –al principio de modo temporal y después de modo permanente–, envió claros mensajes de un estilo distinto de gobernar. No solo habló de la necesidad de “cambios”, un término maldito hasta entonces, que se asociaba inmediatamente a los planes de los enemigos e, incluso, a las propuestas de aquellas mismas personas sancionadas en la primavera del año 2003. Su discurso crítico de la burocracia, la corrupción, la excusa ideológica y la doble moral, iba dirigido precisamente contra algunos integrantes de la clase política gobernante y captó pronto la sintonía de la población, agobiada por los largos años de escasez, las promesas reiteradas e incumplidas, las marchas y las consignas aburridas, la saturación ideológica, la falta de esperanzas y las restricciones a la libertad.

Evidentemente, muchos de estos males se mantienen hoy, como la escasez de determinados bienes materiales y la falta de esperanzas, a veces manifestada en un escepticismo cínico y llano, o en la indetenible emigración. Pero la “revolución permanente” de las marchas y las movilizaciones populares constantes, aquella “batalla de ideas”<sup>2</sup> del “teque” o la “muela” ideológica, como llamaban los cubanos a ese discurso reiterativo y despersonalizado que podía ser dicho lo mismo a pleno día que en la madrugada, en un acto de conmemoración política o en una ceremonia fúnebre, disminuyó considerablemente en los medios de comunicación, en las escuelas y lugares de trabajo, incluso en el modo de referirse a los asuntos económicos y culturales, entre otros. La gente comprendió que no solo el mensajero era distinto, también lo era el mensaje.

Ciertamente, Cuba continúa siendo un país regido por un solo Partido, con una estructura de poder centralizada y concebida según el viejo modelo marxista-leninista de la “dictadura del proletariado”, con pocos espacios para el disenso, y sin separación de poderes según el clásico estilo republicano. Esa “arquitectura” estatal y gubernativa de tipo soviético, instalada y consolidada sobre la ineficiencia económica y la agitación popular durante más de cincuenta años, aún se hace sentir, y no solo en la organización del Partido, o en el modo centralizado y suspicaz de gobernar, sino también, y quizás sea lo peor de todo, en la incapacidad de actualización de muchos cuadros partidistas y gubernamentales, mientras desde las esferas más altas del mismo gobierno se llama con insistencia a cambiar mentalidades para avanzar en las reformas. Durante decenios, desde la infancia, quienes aspiraban o eran promovidos a ocupar puestos directivos, supieron que su ascenso era directamente proporcional a su fidelidad y disposición para obedecer sin cuestionar; de seguro hubo no pocos que cuestionaron el *status quo* y propusieron ideas renovadoras, pero pagaron el precio de “falta de fidelidad”. Si se era fiel y con méritos personales e intelectuales suficientes, mejor, pero lo primero –la fidelidad y la obediencia– siempre fue lo más importante.

Pero el contexto y las necesidades han cambiado sustancialmente, incluso los cubanos han “cambiado”. Nuevas generaciones han comenzado a hacerse sentir y envían signos de vida con otros códigos, otras aspiraciones y anhelos. La “revolución social” de 1959 –si es que conocen algo de ella más allá de los nombres de algunos de sus líderes– no tiene el mismo significado para ellos, el combate de Bahía de Cochinos o Girón, la crisis de los misiles soviéticos en 1962, o las guerras en África, son historias del pasado, de sus padres o sus abuelos. No pretenden negarla, pero no desean que les impida vivir su propia historia. Y muchos de los puestos directivos municipales, provinciales y algunos nacionales, siguen siendo ocupados por los más “fieles”, aunque no sean necesariamente los más capaces. ¿Cómo hacer reformas con personas que no están listas para ellas, sea porque no comprenden su urgente necesidad, o porque tienen mucho que perder? Ese es, tal vez, el mayor reto que enfrenta el presidente Raúl Castro. Es como hacer un plato distinto con los mismos ingredientes, o

renovar el diseño de la vieja arquitectura usando los mismos elementos que sostienen la ya obsoleta edificación. Y no es cuestión de generación, como se pudiera fácilmente pensar, pues el mismo Raúl Castro supera los ochenta años, mientras que algunos que resisten los cambios apenas llegan a los cincuenta. Pero es válido intentar hacer las reformas con estas mismas personas, y sumar otras, porque ese empeño significa “con todos”.

El actual proceso de transformación que tiene lugar en Cuba, con presiones desde la base y un controlado impulso desde arriba, con reformadores que demandan más riesgos y decisión, o con los burócratas que ponen freno y resistencia tanto en la base como en las esferas de poder, deja al desnudo la naturaleza humana y sus conflictos de convivencia, visibles en cualquier tiempo y espacio, en cualquier cultura y sociedad humanas: es la lucha por la supervivencia de unos y otros, la lucha entre el pasado y el futuro, entre la inteligencia y la incapacidad de actualización, entre la razón y la pasión. Es, en fin, el alumbramiento de una nueva etapa en la historia de un país que, si bien envejece debido al bajo índice de natalidad, está aún lleno de vida.

El gobierno cubano encabezado por Raúl Castro continúa manteniendo una postura defensiva en muchos aspectos y alimentando sospechas, no siempre infundadas, ante cualquier reclamo de cambios provenientes de círculos ajenos al gobierno. Pero, al mismo tiempo, Raúl Castro ha dado muestras de reaccionar y responder de modo diferente ante los problemas, sean económicos o políticos, y de ofrecer respuestas también diferentes a viejos problemas, como demuestra su impulso a determinadas reformas en el orden económico, o su decisión de poner en libertad al grupo de 53 prisioneros que quedaban en prisión de los 75 que habían sido encarcelados en el año 2003, aquellos presos que muchos dentro y fuera de Cuba, con razón o sin ella, llamaban “los presos de Fidel”.

### **El diálogo: beneficios y riesgos**

Aquella carta escrita a mano fue el inicio de un diálogo entre la Iglesia y el gobierno que dura hasta nuestros días.<sup>3</sup> No comenzó con una hoja de ruta definida, que de hecho aún no existe, pero ha dado algunos resultados y es posible sacar, al menos, alguna conclusión:

1. La Iglesia media entre el gobierno y las Damas de Blanco, quienes piden se trasmita al primero sus tres demandas, todas cumplidas:

a) acercar a los presos a sus lugares de residencia;

b) liberar a los más enfermos;

c) darles la opción de emigrar a otro país, aunque fueran sin compañía familiar, para poner fin a su encarcelamiento.<sup>4</sup>

2. Por primera vez, la Iglesia en Cuba logra hablar con el jefe de Estado sobre asuntos de interés social, es decir, que afectan directamente a los ciudadanos, dejando temporalmente de lado los temas religiosos. Este tipo de diálogo había sido solicitado por los obispos cubanos en múltiples ocasiones anteriores sin resultado alguno.

3. El primer fruto de ese diálogo fue el compromiso de excarcelación de 53 prisioneros que permanecían en prisión, de los 75 detenidos en 2003. Todos fueron liberados, y a ellos se añadieron otros 73, muchos de los cuales no estaban en lista alguna de prisioneros.<sup>5</sup>

4. El diálogo ha permitido tratar otros temas de interés nacional. A fines de ese mismo año 2010, los obispos reunidos en sesión plenaria recibieron al entonces ministro de Economía, Marino Murillo, para debatir sobre las reformas o “actualización del modelo económico”.

5. La Iglesia, por primera vez en todo el período posterior a 1959, se convierte en interlocutor ante el gobierno cubano para tratar asuntos de interés nacional. Así, la población cubana percibe que Raúl Castro tiene también ideas propias y modos distintos para tratar con una institución considerada por mucho tiempo como hostil por no estar explícitamente comprometida con el socialismo revolucionario cubano.<sup>6</sup>

6. El diálogo ha puesto una vez más sobre la mesa el tema de las decenas de templos y otros inmuebles propiedad de la Iglesia que fueron ocupados por las autoridades desde hace cinco décadas; algunos han sido ya devueltos.

7. Este proceso de diálogo, que sirvió para acercar personas, facilitó considerablemente la preparación de la visita del Papa Benedicto XVI a Cuba, en comparación con la preparación de la visita de Juan Pablo II en 1998.

8. El proceso de diálogo entre la Iglesia y las autoridades del país ha prescindido en ocasiones del clásico canal de relaciones entre ambos: la Oficina de Asuntos Religiosos del Comité Central del PCC. De hecho el diálogo se hizo posible cuando se pudo saltar el obstáculo que representó esa Oficina para poder tratar temas que la rebasaban, toda vez que la solución al asunto de los presos del año 2003 y los actos de repudio contra las mujeres, no podía salir de aquel lugar. El diálogo evidencia que la concepción superideologizada que ha asumido históricamente el gobierno cubano para entenderse con la Iglesia, dado el contexto actual en que la práctica de la fe ha aumentado y la religión ocupa un lugar más importante en la vida del país, debe ser también reformada, o “actualizada”, si se aplica el término preferido para hablar de reformas. La naturaleza de la Iglesia le imprime un sello muy distintivo que marca, inevitablemente, las relaciones con los gobiernos. Esas relaciones, generalmente, son delineadas según patrones políticos. De este modo, los gobiernos solo tienden a ver a la Iglesia como aliada o enemiga, y así definen su relación y elaboran su estrategia de entendimiento. En el caso cubano la Iglesia, por definición, no ha sido vista como una aliada. Esto no es algo que deba enmendarse a la Iglesia, ni siquiera puede

hacerlo, y no por ello pierde la esencia propia, su misión pastoral en medio de una sociedad que ella no gobierna, lo cual implica mantener unas relaciones respetuosas, francas y transparentes con los gobernantes. Ello significa estar en el mundo sin ser del mundo.

Todo lo anterior es el retrato de un proceso inédito en Cuba. Proceso complejo y difícil, estimulante y controversial, que exige paciencia, aceptación mutua, conocimiento de la realidad nacional de un extremo a otro de la Isla y disponibilidad para continuarlo por bien de la sociedad. Exige también un compromiso con el diálogo mismo, como medio que apunta a un fin temporal superior: el bien común y la buena salud de la sociedad cubana.

El diálogo implica además, para la Iglesia, aceptar que este compromiso tiene riesgos de fallas y de incomprensión, como pueden ser:

1. No lograr institucionalizar el diálogo, de modo que esté definido no solo por las relaciones personales que en su día lograron concretarse y han permitido despejar dudas y avanzar de modo sustancial. Es necesario que el diálogo vaya generando pasos y regulaciones bien definidos, de modo que sea extendido y conocido en todo el país. Descentralizar el diálogo, con independencia de las particularidades individuales, es el único modo de garantizar su continuidad, desarrollo y transparencia cuando los que lo iniciaron hayan dejado las responsabilidades que hoy tienen.

2. Siempre hay un riesgo en toda relación entre la Iglesia y el gobierno. En cualquier época y lugar, la relación de los responsables de la Iglesia con el poder temporal está signada por cierta desventaja, pues los sacerdotes de Cristo no han sido entrenados para las negociaciones políticas –aunque alguno tenga cierta habilidad o guste de este asunto–, ni para competir políticamente. Los dos mil años de historia eclesial estimulan y ofrecen referentes, pero no dan respuesta a realidades, culturas y personalidades muy concretas, con las que es necesario entenderse y lidiar si se persigue lograr un bien social. Por otro lado, las fuerzas políticas, estén en el poder o en la oposición, buscarán siempre un reconocimiento de su acción política y social, y si ese reconocimiento, real o aparente, se puede atribuir a la Iglesia, pues mejor. Para ello harán lo que sea necesario, porque está en la naturaleza de toda acción política partidista. No obstante, este riesgo es posible superarlo manteniendo siempre presente que el sujeto primero y último es el hombre mismo que en unión de otros compone la sociedad, de abajo a arriba, y de un lado a otro del espacio geográfico.

3. Hay un riesgo asociado al anterior, dado por el juicio y la acción posible de actores no implicados directamente en el proceso de diálogo, beneficiados o no, con mayor o menor poder de incidencia en el proceso, quienes inevitablemente harán lecturas políticas del diálogo, emitirán juicios y promoverán acciones, a los cuales no siempre se les puede responder adecuadamente, pero sí conviene prestar atención.

4. Debido a la complejidad de todo el proceso, como queda dicho, existe también un riesgo de perder el equilibrio, o la posición apropiada, para entenderse no solo con el interlocutor en el diálogo que se desarrolla hoy, sino con todos aquellos sectores sociales a los cuales se desea beneficiar con el diálogo, pues ese, y no otro, es el objetivo del diálogo.

No obstante los riesgos, es mejor asumirlos y sobreponerse a ellos que renunciar al diálogo. “El bien de los pueblos ha sido siempre el objeto de la Iglesia, no solo en lo espiritual sino también en lo temporal”, afirmaba el padre Félix Varela en el siglo XIX.<sup>7</sup> En cartas dirigidas al imaginado joven Elpidio, el padre Varela nos presentaba una visión de la Iglesia comprometida con la sociedad donde vive, cuando aún no se vislumbraba el contorno de lo que conoceríamos después como Doctrina Social de la Iglesia, pero una visión a la que es posible llegar desde una fe auténtica y comprometida, que no es del mundo pero en el mundo se manifiesta. Tenía razón el padre Varela al afirmar que, “en las grandes urgencias del Estado y las calamidades públicas, la Iglesia es la primera en dar auxilio”.<sup>8</sup>

Más de cien años después, la Iglesia nos recuerda que “el gozo y la esperanza, la tristeza y la angustia de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y los afligidos, son también gozo y esperanza, tristeza y angustia” de la Iglesia, y no hay nada “verdaderamente humano” que no despierte el interés de una Iglesia que se siente “verdadera e íntimamente solidaria del género humano y de su historia”.<sup>9</sup> Estas han sido las motivaciones de la Iglesia en Cuba para actuar e interceder en bien de los cubanos, algo que ha podido lograr de modo muy limitado, si bien lo ocurrido en los últimos tiempos da motivos para la esperanza.

### **Una mediación muy definida**

En la condición actual, las interpretaciones y los criterios sobre el diálogo y sobre el papel de la Iglesia, específicamente, varían en dependencia de la procedencia del juicio. Aún se recuerdan las expresiones de felicidad de los primeros beneficiados de este diálogo: los presos y sus familiares. Al mismo tiempo, aquello que hacía felices a estas personas provocaba insatisfacciones en otras, específicamente en muchos de aquellos que consideraban justa la sanción que habían recibido en el año 2003 estos 75 ciudadanos. No obstante, muy pronto comenzaron a aparecer también juicios negativos de algunos de esos beneficiados y de varios integrantes de lo que conocemos como “oposición cubana”, insatisfechos de un diálogo en el que no tenían lugar propio, y del que, afirmaban, la Iglesia, o algunos pastores, los habían excluido deliberadamente para cumplir con la voluntad del gobierno.

Se le reclamaba a la Iglesia llevar a esa oposición a la mesa de diálogo, después se le atacó por no hacerlo. El reclamo no es realista. En el origen del diálogo estaba una fuerte razón humanitaria, no política, aunque la tragedia tuviera motivaciones políticas y su desenlace generara consecuencias de ese tipo. Durante siete años las mujeres, familiares de los presos, habían

marchado pacíficamente para reclamar la libertad de sus seres queridos; ellas no solicitaban un reconocimiento a los reclamos políticos o la legalización de aquellos grupos, de hecho muchas de ellas ni siquiera aprobaban inicialmente esa acción política de sus esposos, padres o hijos,<sup>10</sup> pero el rechazo a un acto que consideraban injusto las llevó a actuar del modo que lo hicieron. Ciertamente, la Iglesia había pedido en numerosas ocasiones la liberación de estas personas, pero ahora reaccionaba denunciando el insulto y la violencia física y verbal contra las mujeres. Este fue el reclamo que el gobierno aceptó, al reconocer el derecho de ellas a reclamar la excarcelación de sus seres queridos. En ningún momento las autoridades han indicado disponibilidad a recibir las demandas de los opositores, ni de los que guardaron prisión, ni de aquellos que no han pasado por la cárcel, al menos no por ahora.

Las Damas de Blanco alcanzaron, por el contenido de su demanda y como grupo unido, un reconocimiento de las autoridades, al menos temporal, algo que el movimiento opositor cubano, por las razones que sean, no ha podido lograr. No es posible mediar cuando una de las partes no está de acuerdo en reconocer a la otra. Eso es independiente del criterio de la Iglesia, que ha reclamado en múltiples ocasiones que se reconozca el derecho de expresión y de participación de todos aquellos interesados en el destino del país, con independencia de su posición política. Pero en este sentido, ni el gobierno cubano ni varios de sus opositores, dentro o fuera de Cuba, parecen estar dispuestos a “cruzar” el puente. Aún tiene validez aquel criterio de que la invitación a un diálogo nacional “constructivo y reconciliador”, “no es bien acogida, tanto por las autoridades del país como por algunos cubanos radicados fuera de la patria”.<sup>11</sup>

Por otro lado, ¿cuáles son las posibilidades reales de la Iglesia en este diálogo? ¿Con qué fuerzas se presenta a él? ¿Cuáles son los “materiales” que componen el puente que puede ser la Iglesia y que le dan, por sus características, la fuerza y los límites de su alcance?

La Iglesia es, quizás, la comunidad humana más plural que puede existir en Cuba hoy. Desde que, a inicios de los años 90 del pasado siglo se introdujeron cambios en la Constitución de la República y en los estatutos del Partido Comunista de Cuba para admitir a creyentes en sus filas, los cubanos que habían ocultado su fe durante mucho tiempo por temor a los rechazos sociales, comenzaron a frecuentar los templos. En las iglesias de todo el país comparten juntos la misa simpatizantes del gobierno y sus opositores, y es posible escuchar allí oraciones por el descanso eterno de Jorge Mas Canosa o por la salud de Fidel Castro, por la libertad de los presos cubanos dentro de Cuba, y por la libertad de los cinco cubanos acusados y condenados por ser espías en Estados Unidos.

A partir de una muestra estratificada aplicada a 3 mil 411 personas,<sup>12</sup> lo primero que resulta de interés en una encuesta conducida por la Conferencia de Obispos Católicos de Cuba a inicios del presente siglo, es que tan solo el 25 por ciento de los católicos habían estado toda su vida en la Iglesia, y el otro 75 por ciento había llegado en los anteriores 15 años, es decir, un incremento iniciado a mediados de la década de los años ochenta del pasado siglo. De entre estos últimos, el 47,9 por ciento había estado alejado un tiempo de la Iglesia, algunos más de veinte años, o sea, desde los años del enfrentamiento entre la Iglesia y el Estado (38,7 por ciento). Por tanto, no estamos ante una feligresía de raíces eclesiales profundas, lo cual se corresponde con la experiencia política vivida en el país y lo que ello significó para la Iglesia y la religiosidad del pueblo cubano en general. No obstante lo anterior, y quizás por lo mismo, cuando se intentó medir de algún modo la situación económica de los fieles y se preguntó cuál era su mayor necesidad, el 53 por ciento consideró que era la espiritualidad, y el 31 por ciento la formación religiosa. De modo que la necesidad de alimentar el espíritu superó a la de alimentar el estómago, excepto en las diócesis orientales, donde las necesidades materiales básicas eran mucho mayores que en el resto del país.

Al indagar sobre las fortalezas de la Iglesia, en los criterios vertidos predominaron “la fe y entrega a Jesucristo” (63,9 por ciento) y “la unidad” (54 por ciento). En cuanto a las debilidades que los fieles ven en la Iglesia, el criterio más extendido fue “la falta de agentes pastorales” (56,1 por ciento), seguido de “la falta de compromiso” (48,4 por ciento). Sobre las prioridades que debe tener la Iglesia, los católicos cubanos colocaron en primer lugar “la familia” (63 por ciento), seguida de “la espiritualidad” (53,8 por ciento), la “formación” religiosa (50,5 por ciento), y como cuarta “ganar más espacio en la sociedad” (40 por ciento). Sin embargo, al escrutar sobre las aspiraciones que tienen como católicos para con la Iglesia, predominaron las de alcance social: “más espacio en la sociedad para cumplir su misión” (67,1 por ciento); “participación en el sistema educativo” (66,3 por ciento); y “más presencia en los medios de comunicación” (61,3 por ciento).

Por último, cuando se indagó sobre la sociedad y cómo se vislumbra el futuro, resultó que predominó una visión pesimista (49,9 por ciento) sobre la optimista (42,5 por ciento). En esta mirada sobre la relación fe-sociedad, al preguntar cuál era el mayor temor de los católicos, prevaleció el temor de que la Iglesia sea presionada nuevamente (44,0 por ciento), anterior incluso a preocupaciones por la ruptura familiar (42,9 por ciento) y el futuro de los hijos (42,7 por ciento). Si recordamos que el 47,9 por ciento de los católicos había estado alejado de la Iglesia y regresado a partir de la década de los ochenta, se comprende este temor predominante. En la memoria íntima de la vida nacional ha quedado grabado el enfrentamiento entre la Iglesia y el Estado inmediatamente después de la Revolución de 1959, una experiencia que nadie desearía volver a vivir. Por ello, al soñar en el mañana, la mayor aspiración manifestada era ver una Cuba transformada (48 por ciento); la desaparición del período especial (11,8 por ciento), el fin del bloqueo (8,1 por ciento), o de los problemas cotidianos (6,2 por ciento). Para algunos no había más esperanza que la de la vida eterna (9,1 por ciento), o salir del país (4,3 por ciento). Mientras que solo el 1,5 por ciento esperaba todavía la realización de los ideales de la Revolución.

Estos datos pueden haber variado ligeramente. Diez años después quizás el temor mayor no sea que la Iglesia sea nuevamente perseguida, pero la composición eclesial permanece más o menos invariable. Lo anterior demuestra que no está bien inclinar la balanza a favor de unos intereses políticos en detrimento de otros. Pero tampoco es conveniente, ni para la sociedad ni para la Iglesia. No puede haber alianza entre la Iglesia y el gobierno, tampoco entre la Iglesia y quienes se oponen hoy al gobierno. Ella sabe que su mirada apunta a la trascendencia y que toda su acción en este mundo solo es válida en tanto la conduzca a aquella misma dirección, por lo que una alianza de este tipo la acercaría a unos y la alejaría de otros, la ataría a causas efímeras, temporales y cambiables, desvirtuaría su misión de abrazar a todos y torcería el foco del objetivo último.

### **Un puente para la justicia y la paz, los derechos y los deberes**

La comunidad política y la Iglesia deben ser “independientes y autónomas”, lo cual no impide una sana colaboración y un diálogo responsable “al servicio de la vocación personal y social de los mismos hombres”.<sup>13</sup> Es aquí donde se despliega la Iglesia como puente de acercamiento entre los distintos componentes sociales, el gobierno y sus simpatizantes por un lado, y por el otro los que a él se oponen. Pero al mismo tiempo, una Iglesia-puente no puede olvidar a ese gran número de fieles y de ciudadanos sin interés político partidista concreto, quienes aspiran solo a una vida más digna, sana y propia, sin manipulaciones ni presiones, quienes reconocen en mayor o en menor grado los derechos garantizados por la ley y aquellos otros aún no garantizados; la Iglesia no solo no tiene derecho a olvidarlos, sino que tiene el grave deber de presentarlos constantemente a aquellos que pretenden, aspiran o tienen responsabilidades políticas y la capacidad de afectar el destino de todos.

Para la Iglesia, el mejor y único modo de ser puente es tener como fin la dignidad de todos los ciudadanos, poner al hombre y la mujer cubanos en la cima de sus aspiraciones de servicio, mediante un compromiso exclusivo con la justicia, el medio más eficaz para alcanzar la paz. Ciertamente la paz es obra de justicia, tal como revelaba Dios por medio de Isaías desde tiempos ya remotos,<sup>14</sup> y la paz no es necesario construirla entre los amigos, sino precisamente entre los enemigos. De modo que no solo la Iglesia debe partir de la consideración de esta realidad de divergencias y enemistad entre contrarios a los que debe servir, sino que debe también proponer la aceptación de esta realidad y urgencia a aquellos que buscan su servicio. En Cuba, evocando a José Martí, con cierta frecuencia algunos funcionarios del gobierno declaran que el propósito es “conquistar toda la justicia”. José Martí, en efecto, al invitar a la acción armada contra España por la independencia afirmaba la voluntad de conquistar toda la justicia.<sup>15</sup> Sabemos que esto no es posible, pero un propósito positivo, aun cuando no se logre en su totalidad, conduce nuestros pasos hacia esa perfección y sentido del bien que está en la esencia de la condición humana. Quienes deseen cruzar el puente deben reconocer por tanto que en su camino encontrarán enemigos o, mejor aún, personas que piensan, sienten y sueñan de modo distinto al suyo, pero que ese cruce compartido, ese peregrinar que nos interrelaciona es lo que necesita el país y es lo que nos hace crecer como personas.

Pero la justicia genera la paz porque ella es, en esencia, aquella virtud que da a cada uno lo suyo, y e convierte así en fuente de derechos para todos los seres humanos. La paz no es solamente ausencia de guerra, pues en realidad esa paz pelagra, o no existe, cuando al ciudadano no se le reconoce su dignidad en las distintas dimensiones y aspiraciones de su persona. Para alcanzar la paz y el progreso de la sociedad y de quienes la integran, “resulta esencial la defensa y la promoción de los derechos humanos”.<sup>16</sup>

Ser puente, por tanto, es promover también el respeto de los derechos humanos, “una piedra miliar en el camino del progreso moral de la humanidad”.<sup>17</sup> Llevadas y traídas por unos y por otros, como estandarte tanto para atacar como para reivindicar posiciones, estas afirmaciones escritas que conocemos como Declaración Universal de los Derechos Humanos, plasmadas, difundidas y asumidas a partir, precisamente, de la destrucción y el aplastamiento de la dignidad humana, nos recuerdan que sin ese reconocimiento en cada uno de los ciudadanos, el Estado es una quimera, o cuando más, una comunidad excluyente y enferma. La Iglesia afirma, y propone a todos, que estos derechos son: “Universales, porque están presentes en todos los seres humanos, sin excepción alguna de lugar, de tiempo y de sujeto. Inviolables, en cuanto inherentes a la persona humana y su dignidad y porque sería vano proclamar los derechos, si al mismo tiempo no se realizase todo esfuerzo para que sea debidamente asegurado su respeto por parte de todos, en todas partes, con referencia a quien sea. Inalienables, porque nadie puede privar legítimamente de estos derechos a uno solo de sus semejantes, sea quien sea, porque sería ir contra su propia naturaleza”.<sup>18</sup>

Pero al mismo tiempo, la Iglesia recuerda que los derechos humanos van acompañados de complementarios deberes humanos. Es deber de cada hombre respetar los derechos de los demás para hacer valer los propios, sea gobernante o simple ciudadano, opositor o simpatizante del gobierno. Hay en nuestra sociedad, específicamente en este ya largo conflicto entre el gobierno y sus opositores, verdades como templos y realidades virtuales, estereotipos dañinos que solo han servido para atizar el odio y el encono, demorar el diálogo y denegar así la dignidad de otros y también la propia. Para no pocas personas, el conflicto se simplifica de modo irreal: de un lado el gobierno y del otro los opositores; los primeros son los victimarios y los segundos las víctimas; los primeros siempre mienten y los segundos siempre dicen la verdad; los primeros son siempre malos y los segundos son siempre buenos. Tal simplicidad puede ser intercambiable, según del lado que se esté, pero en

definitiva los protagonistas más activos pareciera que no pueden sustraerse a la clasificación de “nosotros” y “ellos” y, por deducción, quien no esté con “nosotros” está lógicamente con “ellos”.

Esta simplificación maniquea, por ser irreal, constituye un obstáculo para el diálogo y pone trabas en uno y otro extremo del puente que se debe cruzar. Quien exija deberes no puede olvidar los propios para con los derechos de otros, y quien demanda derechos no puede ignorar su deber de reconocer los derechos de otros. Pero la Iglesia no puede dejarse arrastrar por los aplausos o los insultos, pues debe estar dispuesta a encontrarse con unos y otros, y recordar, de modo proporcional, los derechos y deberes de cada uno que unidos conformarían los derechos y deberes de “nosotros”. Tampoco debe esperar la Iglesia que quiere ser puente, salir ilesa en esta misión: el paso de los que transitan manchará el puente con el barro de sus suelas; unos depositarán una flor y otros escupirán sobre el puente su dolor o frustración; se escucharán tanto el agradecimiento como la palabra hiriente, es decir, toda la naturaleza humana –todo “el gozo y la esperanza, la tristeza y la angustia de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y los afligidos”, como afirmaba *Gaudium et spes*–, tiene que pasar por el puente. El puente es para ser usado, esa es su función, y en ese dejarse usar está precisamente su mérito. Así será para la Iglesia, si acepta ser el puente que acerque a unos y otros para que se transformen en “nosotros”.

Pero así como tiene el deber de trabajar por la justicia, impulsar la búsqueda del bien común, aunar voluntades y escuchar a todos, tiene también el derecho, que por no ser de aquellos conocidos como “humanos” se convierte entonces en obligación moral, de decir a toda la sociedad una palabra de compromiso que aliente y promueva la búsqueda del bien común, palabra que no condiciona su relación con todos, que deberá estar siempre sustentada por la confianza en la capacidad para el bien que hay en todo hombre; en la esperanza de que es posible lograr una vida mejor para cada persona y una sociedad mejor para todos; y en el amor que es paciente y servicial, que no es orgulloso ni actúa con bajeza, que no busca su interés ni se irrita, sino que deja atrás las ofensas y las perdona, nunca se alegra de la injusticia, y siempre se alegra de la verdad, porque todo lo aguanta, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta.<sup>19</sup>

En el contexto actual de crisis y reforma, apoyo, desinterés y oposición, corrupción y descontento, considero que es importante por parte de las autoridades del país:

1. Realizar un empeño mayor por garantizar los derechos de los ciudadanos, y trabajar por conquistar “toda” la justicia dando a cada uno lo que corresponde, también el lugar que le está reservado por derecho en la sociedad.

2. Poner fin, y desestimular todo acto de violencia que enfrenta a ciudadanos entre sí por razones políticas o de otro tipo. La “violencia revolucionaria” no puede ser ya la respuesta a reclamos de una porción descontenta de la sociedad, por muy minoritaria que sea.

3. Continuar de modo aún más decidido las reformas, cada vez con más transparencia, haciendo partícipes a los ciudadanos de las metas concebidas. La muy mencionada fórmula que marca el ritmo de las reformas, “sin pausas pero sin prisas”, quizás pueda ser transformada en otra que permita ir “con prisas pero con pausas”. El tiempo desempeña aquí un papel de primer orden, pues se trata del tiempo de las personas, tanto de los ciudadanos comunes como de aquellos que gobiernan. No hay en este mundo más que una oportunidad de vivir.

4. Prestar mayor atención a las minorías, sean políticas, culturales o religiosas, no ignorarlas y garantizarles sus derechos.

5. Democratizar la sociedad debe acompañar un proceso serio de reformas. Un sistema democrático fuerte permite a los ciudadanos mayor participación en la vida pública, lo cual los abre a nuevas perspectivas para obrar el bien y, por otro lado, la sucesión de titulares en el gobierno impide su desgaste y favorece su renovación, lo cual se corresponde con la evolución de la misma sociedad.<sup>20</sup>

Es importante que quienes disientan, de forma organizada o individual:

1. Asuman en toda su magnitud y alcance la acción pacífica, que implica también abandonar la violencia verbal, la descalificación y el desprecio.

2. Actúen siempre con transparencia y absoluta independencia, por el bien del país y de los proyectos que deseen avanzar.

3. Puedan acompañar la crítica de los males sociales con propuestas alternativas viables, y valorar lo positivo que existe en la sociedad cubana.

4. Renueven constantemente la paciencia y la perseverancia honestas en la búsqueda de modelos y proyectos cada vez más inclusivos y adaptados a nuestra realidad en transformación.

5. Consideren que un número no despreciable de cubanos continúa, y continuará, dando su apoyo al gobierno actual, aunque demande cambios socioeconómicos que mejoren su calidad de vida.

Cuba no necesita otra revolución, en todo caso necesitaría la revolución de la revolución. En los próximos meses, más y más ciudadanos perderán sus trabajos actuales, lo cual se estima necesario para las reformas. No solo dejarán de depender económicamente del Estado –tanto salarialmente como por el robo y el tráfico de influencias que compensan lo que el salario no garantiza–, también se quebrarán muchos lazos que los unen a las estructuras estatales. Si ellos no encontraran fuertes incentivos morales y materiales en la realidad competitiva que se les impone en el mercado laboral no estatal, el descontento y las insatisfacciones actuales, aún localizables y controlables, se multiplicarían considerablemente, también crecería, en proporción, el número de los que disienten o de los que deseen emigrar. Es necesario impulsar las reformas.

Hay quien afirma que el “ciclo revolucionario” en Cuba se inició con el padre Félix Varela –el primero que habló de revolución– y concluyó con Fidel Castro –quien puso en práctica la revolución en toda su extensión, y más allá. Pero vale la

pena detenernos en el llamado revolucionario del padre Varela, dirigido no precisamente a los habitantes de la Isla, sino al corazón endurecido de la misma corona española que le condenó a muerte, y de la que esperaba, aún, las reformas necesarias para la colonia. “La revolución –escribió el padre Varela–, que equivale a la ruina del país; la revolución, cuyos horrores apenas puede contemplar sin estremecerse toda alma sensible! [...] Deseando que se anticipe la revolución, solo intento contribuir a evitar sus males. Si se deja al tiempo será formada [...] por el terrible imperio de las circunstancias [...]”.<sup>21</sup>

La Iglesia, por su parte, no solo podría asumir esa función de puente que convoca y acerca a los ciudadanos entre sí, puente que igualmente le permite mantenerse conectada con la sociedad. Ella transita así mismo por la sociedad, por medio de sus fieles y con sus enseñanzas. La Iglesia debe acompañar decididamente esa búsqueda paciente, constructiva y sin traumas de “nuevos modelos”, y elevar su voz para que en esa búsqueda nadie quede excluido por limitaciones a la libertad.<sup>22</sup> Es importante que la Iglesia colabore también en la promoción y edificación de otros puentes. Cuba necesita de muchos puentes que enlacen a los ciudadanos entre sí para poder fortalecer todo el entramado social. Debe llegar un día en que se recurra cada vez menos a la Iglesia para que actúe como mediadora, puente o facilitadora, pues eso indicaría que la sociedad cubana habría alcanzado un nivel superior de convivencia social, en el que los ciudadanos pueden interactuar entre sí mediante estructuras o puentes edificados y protegidos por ellos mismos y al servicio de ellos mismos. Cuba sería como un único puente abierto a todos de un extremo a otro de la Isla.

### Notas

<sup>1</sup> El domingo 18 de abril de 2010, tras concluir la misa en el templo de Santa Rita a donde solían acudir desde que sus familiares fueran encarcelados, las Damas de Blanco se dispusieron a iniciar su tradicional marcha dominical, una protesta silenciosa por la libertad de sus familiares a través de una caminata por la 5ta. Avenida de Miramar. Una turba previamente movilizada, en lo que se conoce como “acto de repudio”, las esperó a las afueras del templo, las rodeó, insultó e imposibilitó marchar. El lunes 19 de abril el cardenal Jaime Ortega remitió a la Oficina de Asuntos Religiosos del Comité Central de Partido Comunista de Cuba, referencia y contacto para cualquier trámite o gestión eclesial, una carta de protesta por semejante acto, que nunca tuvo respuesta. El domingo siguiente, 25 de abril se repitió la situación, pero el acto de repudio se prolongó por siete horas frente al templo de Santa Rita. Una vez más, el lunes 26, el cardenal Ortega envió una carta a la misma Oficina de Asuntos Religiosos; una vez más el silencio fue la respuesta. El martes 27 de abril el cardenal Ortega decide buscar otros canales y hace llegar al presidente Raúl Castro una carta escrita a mano donde vuelve a denunciar lo ocurrido en Santa Rita, pide el fin de esos actos, llama la atención sobre el clima de tensión que vive el país y le reitera el antiguo interés de la Iglesia por dialogar con las autoridades sobre estas y otras dificultades prolongadas en el tiempo. El jueves 29 de abril el presidente Raúl Castro responde verbalmente para anunciar el fin de los actos de repudio contra el grupo de mujeres, y solicita al cardenal Ortega que comunique esto a las interesadas y medie ante ellas para recoger y transmitir sus reclamos.

<sup>2</sup> Entre las primeras medidas adoptadas por Raúl Castro estuvo la de poner fin a la Batalla de Ideas, un plan iniciado por Fidel Castro supuestamente para responder con las ideas revolucionarias a las ideas que querían imponer los “enemigos de la revolución”. El experimento político, encabezado por el ex miembro del Buró Político Otto Rivero, tuvo rango de superministerio que solo respondía a Fidel Castro, pero terminó siendo un inmenso aparato nacional generador de corrupción política y económica, que generó pérdidas por varios millones de dólares, según algunos informados.

<sup>3</sup> El 19 de mayo de 2010, el cardenal Jaime Ortega y monseñor Dionisio García, arzobispo de Santiago de Cuba y presidente de la Conferencia de Obispos Católicos de Cuba (COCC), fueron recibidos por Raúl Castro en la sede del Consejo de Estado; estuvo presente, por esa única vez, la señora Caridad Diego Bello, jefa de la Oficina de Asuntos Religiosos del Comité Central del Partido Comunista de Cuba. El presidente Raúl Castro ha encontrado al cardenal Ortega y a monseñor Ibáñez en otras ocasiones, juntos y por separado, tanto en La Habana como en Santiago de Cuba.

<sup>4</sup> Este punto ha sido uno de los más comentados y distorsionados, pues algunas personas insisten en que el gobierno dispuso la deportación forzosa de estas personas, con el beneplácito de la Iglesia. A la reunión del 1º de mayo de 2010 en el Arzobispado de La Habana acudieron Laura Pollán, Berta Soler, Alejandrina García de la Riva, Laura Labrada Pollán y Loyda Valdés; el cardenal Ortega estuvo acompañado por el canciller de la Arquidiócesis, monseñor Ramón Suárez Polcari. Cuando presentaron las demandas, específicamente la referida a la solución migratoria, el cardenal Ortega les preguntó tres veces si hablaban en nombre de sus familiares o en nombre de todos, las tres veces respondieron que hablaban por todos. No obstante, doce prisioneros del grupo, incluidos familiares de tres de ellas, rechazaron la propuesta de emigrar. Es posible que el gobierno cubano se sintiera mejor con la emigración de los presos, y ciertamente el traslado directo de la prisión al avión no fue el modo mejor, pero todos los que viajaron a España lo hicieron por decisión propia, o por acuerdo familiar. Todos firmaron un documento presentado por diplomáticos españoles en La Habana donde afirmaban que viajaban por voluntad propia.

<sup>5</sup> El 1º de junio se anuncian los primeros traslados de presos; el 12 de junio se anuncian nuevos traslados y la excarcelación de Ariel Sigler Amaya, el más enfermo de todos (semanas después viajó a Estados Unidos con su familia); el 7 de julio, estando en La Habana el canciller español Miguel A. Moratinos, la Iglesia anuncia que el gobierno liberará a los 52 presos restantes, y España revela su disposición de recibir a los que deseen emigrar; 40 de ellos viajan a España con su familia. Los 12 que se negaron a viajar fueron también liberados, uno de ellos se trasladó después a Estados Unidos. Entre julio de 2010 y marzo de 2011, el gobierno cubano excarceló un total de 126 prisioneros sancionados por motivos políticos, de los cuales 114 viajaron a España acompañados de sus familiares.

<sup>6</sup> Al informar sobre el proceso de excarcelación durante el Sexto Congreso del PCC, Raúl Castro expresó que el proceso se efectuó “en el marco de un diálogo de respeto mutuo, lealtad y transparencia con la alta jerarquía de la Iglesia católica, que contribuyó con su



labor humanitaria a que esta acción concluyera en armonía y cuyos laureles, en todo caso, corresponden a esa institución religiosa”. “Informe Central al Sexto Congreso del PCC”, publicado en Bohemia, 6 de mayo de 2011, año 103, no. 9, p. 20.

<sup>7</sup> P. Félix Varela: Cartas a Elpidio, sobre la impiedad, la superstición y el fanatismo en sus relaciones con la sociedad, edición facsimilar, tomo primero, Impiedad. Editorial Cubana, Miami, 1996, p. 175.

<sup>8</sup> *Ibidem*, p. 176.

<sup>9</sup> Constitución pastoral *Gaudium et spes*, sobre la Iglesia en el mundo actual, no. 1, Concilio Euménico Vaticano II, edición oficial patrocinada por la Conferencia Episcopal española, tercera edición, Biblioteca de Autores Cristianos, MXMXCIX.

<sup>10</sup> En numerosos encuentros y entrevistas que he sostenido con miembros del grupo de las Damas de Blanco, he escuchado más de una vez esta afirmación.

<sup>11</sup> Los Obispos Católicos de Cuba: Instrucción teológico-pastoral La presencia social de la Iglesia, publicada en La Habana el 8 de septiembre de 2003.

<sup>12</sup> Todos los datos son tomados del Informe Provisional “Iglesia en Cuba”, elaborado por la COCC en octubre de 2002.

<sup>13</sup> *Gaudium et spes*, no. 76.

<sup>14</sup> Is 32, 17.

<sup>15</sup> José Martí, en carta a Juan Gualberto Gómez, fechada en New York el 29 de enero de 1895, Obras completas, edición digital de la segunda edición realizada por la Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975, p. 45.

<sup>16</sup> Cf. Pablo VI: “Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz”, 1969, no. 12, citado en Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia, no. 494, p. 251, Biblioteca de Autores Cristianos, editorial Planeta, Madrid, MMV.

<sup>17</sup> Juan Pablo II: “Discurso a la Asamblea General de las Naciones Unidas” (2-10-1979), en Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia, no. 152, p. 76, ed. cit.

<sup>18</sup> *Ibidem*, no. 153, p. 76.

<sup>19</sup> Cf. Co. 13, 4-7

<sup>20</sup> Cf. Juan XXIII: *Pacem in terris*, no. 25.

<sup>21</sup> Padre Félix Varela: “Tranquilidad en la Isla de Cuba”, *El Habanero*, t. 1, no. 2, Filadelfia, 1824.

<sup>22</sup> Benedicto XVI: “Discurso de despedida”, Aeropuerto Internacional José Martí, La Habana, 28 de marzo de 2012. Véase Palabra Nueva, año XXI, no. 217, La Habana, abril de 2012.

\*Ponencia elaborada por Orlando Márquez Hidalgo, director de la revista Palabra Nueva, para el panel Impactos Institucionales en la relación Cuba-Estados Unidos, en el Congreso LASA 2012, San Francisco, California, 24 de mayo de 2012.

## **Diálogo establecido por algunos de los participantes en el encuentro, una vez concluida la conferencia.**

**-Egberto Escobedo Morales.** Yo me considero un opositor pacífico. Soy expreso político, no de los 75, pero sí a raíz de ese acontecimiento. Estaba escuchando con mucho detenimiento y quiero hacerle dos preguntas relacionadas con su tema. En primer lugar, mi esposa, que está aquí, es Dama de Blanco desde hace alrededor de tres años. O sea, dos años antes de yo ser liberado. La razón de ser de ella, de luchar por mi libertad y la libertad de muchos otros presos políticos no estaba solamente encerrada en esa libertad, porque de hecho estamos libres, pero estamos presos todavía porque estamos en libertad condicional, y de hecho siguen las condiciones para seguir cayendo, nosotros u otros más. Mucho antes de esas libertades ya se había modificado el reglamento de las Damas de Blanco, que se habían percatado de que centrarse en ese aspecto solamente de las libertades era un error. Abarcaba muchas más temáticas de derechos humanos, abarcaba muchas más temáticas de la libertad, no solamente es el encierro de la reja, y por eso ellas tienen razón todavía de seguir luchando, porque hay muchos que quedan todavía, que no son de los 75, antes de los 75 y después de los 75, y todavía estamos nosotros en libertad condicional. Esa es una aclaración para que después ustedes, nos puedan ahondar un poquito más, y lo otro es con respecto al diálogo en sí. Nosotros estamos plenamente de acuerdo con usted y con la posición de la Iglesia. Cuando digo nosotros somos alrededor de 45 opositores que firmamos una carta al Gobierno solicitándole ese diálogo, abierto, franco y transparente, sin hacer mucho ruido. Se la presentamos al Consejo de Estado firmada por los 45 opositores y no la quisieron recibir. A los pocos días se nos presentan en la casa dos oficiales del Ministerio del Interior diciendo que estaban de acuerdo con el diálogo, pero que primeramente teníamos que dialogar con ellos. Dialogamos con ellos abiertamente, pero no se llegó a un acuerdo porque se quería el diálogo en un solo sentido.

Seguimos tocando puertas y se la presentamos a la embajada de Estados Unidos, al gobierno de Obama. No hemos recibido respuesta. Se la entregamos al Cardenal, se la hicimos llegar a la Nunciatura para la visita del Papa, solicitando

mediación de la Iglesia porque consideramos que la Iglesia ya tenía estos antecedentes que había logrado, gracias a Dios, y la Iglesia todavía puede hacer mucho más a favor de esto. Nosotros creemos en un diálogo así, en ese sentido, no todos los opositores somos de extrema derecha ni creemos que en el Gobierno todos son de extrema izquierda. Parece que hay tendencias, hay señales de algunos que quieren aplicar las reformas, profundizar un poquito más. Pero están trabadas todavía, no se logra que se reconozca en ninguna de las partes, ni en la extrema izquierda ni en la extrema derecha, el diálogo. Prácticamente en el puente están parados los extremos y entonces no se logra el diálogo. Estamos tocando puertas por aquí, tocando puertas por allá. Incluso la prensa, que se le hizo llegar a algunas, la ha silenciado. Muchas son dominadas por los extremos y entonces... No nos cansamos, creemos que este es el objetivo viable, ese diálogo que usted dice es el objetivo de verdad, real, que puede lograr que esta sociedad avance.

Estamos temerosos de que haya una explosión social. En Cuba están creadas las condiciones para que haya una explosión social de gran envergadura. Hay mucho odio y rencor guardado en un considerable sector de la población. Hay mucho nivel de educación, pero hay poca cultura. Hay mucha indisciplina social y la institucionalidad está muy débil en Cuba. Si el día de mañana, como se dice, mueren los líderes históricos, estos que quedan, que son pocos, o pasa cualquier cosa ahora mismo, o mañana o pasado mañana, aquí se puede formar cualquier cosa. Estamos tratando de tocar todas las puertas porque no todos los opositores somos extremistas. Firmamos 45 y no hemos recogido más firmas porque consideramos que esas son apreciables, son personas reconocidas en la oposición y hemos encontrado mucha buena disposición dentro del Gobierno, dentro de la Iglesia, dentro de la misma oposición favorable a esto. Pero todo el mundo tiene miedo. Hay miedo todavía a dialogar. El mismo gobierno, oficiales de la Seguridad del Estado nos han dicho: estamos de acuerdo, un grupo, otros no. Ellos están divididos, nosotros estamos divididos. Hay que abrir este espacio.

Es muy bueno esto que se está haciendo, no solamente su conferencia. Es muy bueno lo que está haciendo el Centro Cultural Padre Félix Varela, con los cursos de Cuba Emprende, con otros proyectos que tiene a favor del diálogo, para abrir espacios. Es muy bueno. Pero es lo que usted dice: el tiempo nos está golpeando.

Yo quisiera que nos ayudara a ver cómo pudiéramos, porque usted tiene conocimiento de esto... Gracias.

**-Orlando Márquez.** Lo que puedo hacer, Heberto, es comentar lo que tú me has dicho, porque la pregunta concreta no... ¿Ok?

Lo que hablé es a partir de mi experiencia (me refería al punto de las Damas de Blanco), con el diálogo con ese grupo, que se había iniciado reclamando la liberación de los familiares. Así se inició. Después cambió. Después abrió su espectro en relación con otros asuntos. Pero como se inició era un reclamo porque se consideraba injusto esas sanciones y la forma en que se produjo, y los juicios sumarios y las larguísima sanciones, e ir a parar a Santiago de Cuba el que vivía en La Habana... algo que la Iglesia siempre comprendió y la Iglesia, desde el inicio, manifestó su desacuerdo con esto y ayudó, en lo posible, desde el inicio. Muchas Damas de Blanco lo recuerdan y lo saben, que a veces cuando se trasladaban de una provincia a otra el lugar donde encontraban para descansar era en una casa de religiosas, porque las monjas estaban dispuestas para esto. Entonces, en ese sentido, así comenzó. Después cambió. Yo no cuestiono el cambio, sino hablo simplemente de que el motivo... incluso, lo que lleva al Cardenal... Hemos dicho varias veces que todos deben ser escuchados. La Iglesia fue la primera que habló de indulto para estas personas, en el año 2004, y que se aceptara también a la familia, y todas esas cosas. Pero la intervención del Cardenal era estrictamente humanitaria, por lo que estaba ocurriendo en las afueras de Santa Rita. Los insultos, las agresiones, las horas paradas al sol... Había una crisis que permitió que él pudiera actuar, porque lo otro no es escuchado. En ese sentido, creo que ese era el propósito de decir aquí que el reclamo de ellas era estrictamente humanitario o familiar, por salvar la familia. Y lo otro, estoy de acuerdo contigo en ese sentido. Conozco al documento al que te refieres. Creo que es distinto a otras cosas que he visto y creo que, efectivamente, faltan muchas cosas por avanzar en el diálogo. ¿Cuándo será el momento? No lo sé. Pero cuando uno crea espacios de este tipo y permite que la gente se encuentre eso es bueno, porque creo que nos ha faltado mucho también el compartir. Vivimos en el mismo lugar y estamos muy alejados unos de otros. Ha faltado el diálogo. Han imperado los estereotipos, este sí, este no. Un cartelito se lo cuelgan a uno... pero te lo cuelgan de cualquier lado, porque a mí me han colgado cartelitos. Falta mucho eso de pensar con cabeza propia, como decía Varela, pensar primero en lo nuestro para poder llegar al consenso. Creo que falta, pero no hay que... Yo no desesperaría, o sea, hay cosas se le van a uno de las manos, pero el trabajo, la insistencia, seguir, creo que puede en algún momento dar frutos.

**-Miriam Leyva, periodista independiente. Fundadora de las Damas de Blanco.** Quisiera decir que concuerdo plenamente con lo que expresaba Orlando de que la razón de ser de las Damas de Blanco fue la liberación de los 75 porque en primer lugar era injusta, los considerábamos unos juicios totalmente arbitrarios, juicios sumarísimos a personas pacíficas que no habían cometido delitos, desde nuestro punto de vista, y fueron sometidas a penas muy largas, inclusive hasta 28 años de cárcel.

Desde el primer momento las que empezamos el movimiento, que fuimos pocas y fuimos incrementando, porque la mayoría de las mujeres no tenía experiencia en las actividades políticas ni en las actividades de sus esposos, pues se fueron incorporando y todas éramos voces. O sea, era un movimiento no de una persona, ni de una dirigente sino de voces, de todas las esposas y los familiares inclusive (tías, hermanas...), las mujeres que quisieran incorporarse de los 75. Y esa era la razón de ser. Además, en Cuba nunca había existido un movimiento de estas características, no nos lo propusimos, no pensamos

hacerlo. Surgió espontáneamente por una necesidad que veíamos de injusticia y que además había muchas arbitrariedades, como decía Orlando, los de Pinar del Río fueron para Guantánamo, los de Guantánamo fueron para La Habana. Mi esposo fue para Guantánamo en unas condiciones horribles. Eso es para hacer breve esta parte.

Eso fue creciendo en ese sentido y fuimos ganando espacios de manifestación, en el sentido de exposición, no solo de hablar sino caminar, etc. Hay una cuestión: desde el primer momento la única institución cubana que se abrió, no solo a las mujeres, a las familias, sino desde el principio por supuesto a los presos y expresó su inconformidad con lo que estaba pasando fue la Iglesia Católica cubana, expresado en documentos que están ahí, que existen y que no se pueden obviar, no se pueden olvidar.

No estoy hablando a favor de la Iglesia ni a favor de nadie específicamente. Estoy queriendo ser objetiva, porque la realidad no la podemos olvidar, una vez que haya pasado el problema y empezar a actuar por lo que está pasando hoy y lo que pueda pasar mañana. No, no se puede olvidar. Otra cosa que quiero decir. Las Damas de Blanco mantuvieron la misma razón de ser, como dice Orlando Márquez, hasta que empezó este diálogo y creo que mucho más. O sea, más allá del 2010. Era fundamentalmente una cuestión de los 75. Quizás hubo algún otro caso que se incluyó como Orlando Zapata Tamayo porque había una situación muy específica y Reina, la madre de él, participaba en las Damas de Blanco. Pero muy poco más allá, inclusive algunas mujeres de apoyo se incorporaron, pero tampoco era una cuestión característica de las Damas de Blanco las mujeres de apoyo.

Ocurrió que aquello se fue ampliando, tanto en participación de mujeres de apoyo como en cuanto a criterios de participación, sobre todo a partir de la liberación de los 75, o sea, que ya no quedaban 75. Incluso, el gobierno cubano incluyó otros presos que no eran de los 75, aún algunos que no eran ni políticos, y se sabe lo que pasó, que yo no voy a hablar de eso.

Creo que nosotros tuvimos, desde el primer momento, el apoyo o si no queremos usar la palabra apoyo: la Iglesia cubana estaba abierta a todos los cubanos, y nosotros somos parte de Cuba. Y creo que hubo y ha habido, en toda esta etapa, un gran componente de sensibilidad no solo religiosa sino humana. Desde arriba, la cúspide de la Iglesia Católica cubana hasta lo más bajo, y viceversa. Nosotros tenemos muchas experiencias de haber llegado, en cualquier lugar de Cuba, a una iglesia, o a la casa de un laico, y haberle dicho: tengo esta situación, soy esta persona, y habernos buscado alojamiento... Incluso, llevado hasta la prisión para que pudiéramos hacer la visita. O sea, la cantidad de apoyo que nosotros tuvimos que fue muy espontáneo es extraordinario, y eso no lo podemos olvidar.

Creo que no podemos querer suplantar las necesidades e intereses y la visión amplia que pueda tener una institución como la Iglesia Católica cubana, como la puede tener otra. Respeto totalmente los propósitos que tengan hoy día las Damas de Blanco, que no fueron los propósitos originales y creo que no son los propósitos que tenían en el año 2010 todavía, cuando se iniciaron las conversaciones. ¿Por qué? Por una cuestión de desarrollo, de necesidad o de criterios que van cambiando. Incluso hoy día la mayor parte de las Damas de Blanco no son las originales, porque una gran parte se fue al extranjero y otras, las que hemos permanecido aquí, estamos en otro tipo de vida, en otro tipo de actividad, sin haber renunciado a nuestros criterios y eso creo que hace que la mayoría son las antiguas damas de apoyo que hoy son las Damas de Blanco. Yo las respeto totalmente. Incluso, los estatutos de las Damas de Blanco son totalmente nuevos. Tengo entendido que son de este año, incluso después de la muerte... No, yo fui Dama de Blanco fundadora. Los estatutos nunca estuvieron escritos. Las Damas de Blanco no tenían ningún papel sobre qué iba a ser, cómo lo iba a hacer ni cómo había que comportarse. Eso se puso en papel muy recientemente, sobre todo, este año. Y creo que es lógico y está bien. Yo inclusive siempre pensé que podíamos tenerlos por escrito. ¿Por qué no? Bueno, en fin.

Lo fundamental es que hay una realidad: se cometieron muchas arbitrariedades. Esos mítines de repudio fueron terribles. Yo presencié el mítin de repudio de la esquina de Santa Rita que duró siete horas inhumanas. Traían y volvían a traer mujeres frescas y personas, porque allí solo no había mujeres. Había hombres, había funcionarios... Y entonces aquello se refrescaba. Usted veía que eran las mismas seis mujeres rodeadas, siete horas a gritos... Era insostenible. No me quedé las siete horas. También fui y vine. Estuve por lo menos las dos primeras horas mirando, desde fuera, como periodista independiente. Y si les digo que hubo cosas, ha habido cosas y siguen habiendo cosas que son realmente crueles. Eso es un desarrollo que tiene que haber de nuestra sociedad, y creo que todos tenemos que comportarnos y todos tenemos que ser plurales y todos tenemos que tratar de participar, porque este país nada más que lo podemos resolver todos los cubanos, porque aquí no es de uno, no es de otro, es de todos... Todos hemos sufrido de una forma u otra... Quizás otros no, quizás a otros le ha ido muy bien, pero creo que lo que tenemos es que tratar de entendernos y tratar de cooperar sin compromisos que pongan los principios en cuestión. Cada cual desde su posición, pero cubanos y tratar de entender y, además, tratar de ser también agradecido cuando haya que serlo.

**-Andrea Rodríguez, agencia de prensa AP.** Haciendo uso y abuso de mi profesión, prefiero preguntar: usted mencionó que el diálogo continuaba, y también mencionó la necesidad de una institucionalización y habló de una hoja de ruta. Bueno, hemos hecho un balance, llegamos hasta aquí, usted dijo lo que pensaba que era el momento actual. ¿Hacia dónde va el diálogo entre la Iglesia cubana y las autoridades? ¿Cuál es el siguiente paso en concreto y cuáles son los logros que ustedes esperan alcanzar, digamos en el siguiente año? Gracias.

**-Orlando Márquez.** Esa pregunta se la hicieron al Cardenal Arzobispo de La Habana en la conferencia de prensa que hubo después del encuentro con Raúl Castro. Tú estuviste allí, en el Arzobispado, y le preguntaron hasta dónde están dispuestos el Gobierno y la Iglesia a llegar, y el Cardenal dijo: no sabemos. O sea, estamos dispuestos a dialogar, pero hasta dónde puede llegar el diálogo no lo sé. Esto que tú acabas de mencionar o recordar aquí son mis criterios personales. Sí, trabajo para la Iglesia, pero son mis criterios personales. Porque creo que en Cuba hay una... O sea, esto empezó como empezó, pero yo creo que no puedo decir cuáles son los intereses de los Obispos, específicamente, para llevar a esa mesa de diálogo. Por lo pronto, ellos dijeron que el tema religioso puede esperar. Que había que empezar por la cuestión social. Y eso ya es un punto, la cuestión social. Hay otros temas que pueden ser siempre de interés y preocupación para la Iglesia que no significa de reivindicación, pero se puede dialogar. Por ejemplo, el tema de la educación, que es algo a lo cual la Iglesia no es que esté aspirando a tener su escuela propia otra vez, pero es un tema muy sensible que la Iglesia se interesa por ello y tiene el derecho, creo yo, a decir una palabra. Y no solo a la Iglesia como institución, sino de saber que tantos padres también piden que la Iglesia pueda de alguna manera participar en esto y que la Iglesia pueda aportar, desde su experiencia, que ha habido sombras y luces, pero ha habido experiencias, incluso en Cuba ha habido experiencias...

Puede ser sobre eso, puede ser sobre el diálogo, insistir en el diálogo; puede ser, como se habló, sobre las cuestiones económicas. Pero a veces no es necesario... El diálogo, a nivel institucional, ayuda a crear estructuras que faciliten este trabajo. Pero ya la Iglesia está haciendo muchas cosas en ese sentido. Yo creo que esto mismo que estamos viviendo aquí, o que se vive en esta Casa, en este Centro Félix Varela, da la oportunidad de un diálogo extraordinario y ya no solamente con las autoridades, con la sociedad misma. La gente que viene aquí a los cursos de Cuba Emprende, la gente que hace el Master en Gestión de Negocios (MBA), esta sala con sus conferencias. O sea, yo creo que la Iglesia está abriendo poco a poco esos espacios que le son propios, que le son también inherentes, por decir de alguna manera, que se dan en muchos lugares y que, en un momento determinado, pueden tener otro carácter. Lo que sí, repito, pienso que es bueno que este diálogo se vaya abriendo cada vez más, que cada vez sea más conocido, que se institucionalice, que se le añada, si fuera posible, un programa, unos pasos concretos, unas fechas concretas.

Pero los temas pueden ser muy amplios. Todo tema humano puede estar incluido ahí. Todo interés social. La Iglesia lo único que quiere es que se preste atención a las demandas de la sociedad, a las necesidades sociales, eso es todo.

**-Leonor Amaro, historiadora.** Hasta hace tres meses, más o menos, trabajé en la Universidad de La Habana. Desde el punto de vista laboral terminé, pero no desde el punto de vista del compromiso con la Universidad y con el trabajo real, porque me siento unida a la Universidad, a la enseñanza universitaria, a la enseñanza de la Historia, y he puesto en eso toda mi fe revolucionaria durante todo este tiempo. Esa es la verdad. Precisamente, por querer mantener y por tratar de ayudar pues he tratado, durante mucho tiempo, de tener posiciones tolerantes en todos los sentidos, no solo en lo religioso sino en el sentido de poder evaluar cada año lo que llega a la Universidad, que es bien diferente. Por eso ya ustedes saben que me voy a referir a ese aspecto que decía él, tan importante, que es la educación.

Quiero agradecer no solo la invitación que me hacen siempre a estos espacios, sino también a la revista. Porque a mí la revista me ha servido de mucho. Me ha servido para contrastar criterios e incluso, en un momento determinado que tuve que dar sistemas educativos contemporáneos, cuando llegué al caso de Cuba la revista me sirvió muchísimo, porque la revista ha seguido a la educación cubana yo diría de una manera crítica. En aquel momento en las aulas, y puedo repetirlo aquí porque creo que lo hice con mucho respeto, en aquel momento dije que había mucha crítica y había poco reconocimiento. Yo creo que la Revolución hizo mucho por la educación y siempre hay que poner eso primero y después, vamos a decir todo lo que falta. Pero de todas maneras, la revista me sirvió muchísimo.

En este caso quiero tomar una palabra suya, o una consideración suya que me pareció muy interesante que es: descentralizar el diálogo. Creo que sí, que desde el punto de vista vertical se han logrado cosas. Ya solamente de las reuniones, los proyectos que se puedan tener, aunque no estén escritos, creo que es importante. Pero creo que hay que llegar a tantearlo de manera horizontal en los espacios que existen. Cuba ha tenido un espacio de colaboración, o como se quiera llamar, con la Iglesia que ha sido la Salud Pública. Creo que ahí ha habido reconocimientos por parte del Gobierno, por parte de la Iglesia, y creo que la Iglesia ha tenido ahí un espacio importante, que lo reconoce la población.

Creo que otro sería la educación. Creo que la educación es importante. Pero aquí quiero decir que yo he observado, y tal vez me equivoque, y ojalá estuviera equivocada. En algún momento he sentido que hay un interés de volver a ocupar espacios de otrora. Y yo creo que todo lo que implique regreso es malo. En el sentido de que yo creo que la historia de Cuba puso en el camino una posibilidad de la modernización cubana, sobre todo en el plano educacional, cuando se planteó la enseñanza laica. Creo que fue un gran triunfo. Yo soy defensora del laicismo. Y creo que fue un intento importante, que no hubo voluntad política para llevarlo adelante, por lo cual ese espacio fue también utilizado por otras consideraciones, desde el punto de vista ideológico, religioso, e incluso con mayor calidad y, por supuesto, mucha gente que incluso no tenía una concepción religiosa definida pues fue a esas escuelas porque consideraba que eran mejores. Yo creo que volver a eso no sería lo bueno, lo mejor para el país. Yo creo que el laicismo fue una gran conquista. Yo creo que la Revolución cubana lo respetó un tiempo, después no, porque después planteó la enseñanza atea y yo creo que ahí entonces tomó un paso intolerante.

Creo que este momento hay que volver a estudiar eso, hay que volver a reevaluar eso. Pero reevaluarlo con una posición de colaboración y de dejar espacio y yo diría, acordándome del estudio, porque yo me formé en una escuela religiosa, que

hay que rezar el Yo pecador, pero de las dos partes. Y sí, nosotros tenemos errores, pero la Iglesia también. Y a mí me llamó la atención que en la Semana Social un grupo de muchachos jóvenes, increíblemente ya estaban preparados para dar Filosofía... Ellos se veían en un espacio. Y yo dije: ojalá sea así. Y no dudo de su preparación, pero tiene que ser a partir de espacios más amplios. Y eso no lo he podido apreciar. Yo creo que eso sería importante para comenzar. Porque usted decía algo que tiene que ver mucho con la realidad de hoy. Aquí hay una población penal grande, de jóvenes, y hay proyectos interesantes, por ejemplo, arquitectura los tiene, para poder rescatar esos hombres que puede ser que lleven poco tiempo, pero puede ser que en un momento determinado se incorporen a la sociedad. Y ¿cómo se van a incorporar si no tienen conocimientos? Y ahí creo que pudiera haber un espacio de colaboración, porque ahí hay muchos católicos, protestantes... Siempre estoy hablando en un sentido ecuménico, aunque este Centro sea católico, porque para mí ese sentido ecuménico es muy importante desde el punto de vista religioso. Estoy pensando no en los desocupados, estoy pensando en los muchachos que están jugando dominó... Salir de aquí y ver a la Habana Vieja llena de mesas de dominó, es lo único que hacen el día entero. No hay que esperar a que los saquen de los trabajos. En los propios trabajos no hacen lo que tienen que hacer. Entonces hay que crear expectativas educacionales y eso tiene que ser buscando espacios de colaboración. Y creo que pudiera hacerse. Para mí creo que es algo que daría la contribución de muchas personas y, por qué no, de un diálogo.

Quiero terminar con una anécdota. Yo viví cinco años en un país muy pobre de África: Tanzania. Allí conocí a un cura vasco con una voluntad que creo que nada más que se da en ese país: increíble. Él, con una cuadrilla de africanos, había hecho una carretera. Y yo me acerqué porque me parecía una persona fabulosa desde el punto de vista humano. Y le pregunté: ¿cómo usted logró reunir a todos estos africanos que además, hablan lenguas diferentes, son de grupos étnicos distintos y algunos se piden la cabeza? ¿Cómo usted lo logra, si, además, es religioso y todos ellos creen en otras cosas que la Iglesia Católica no acepta? Y me contestó: porque mi objetivo es hacer la carretera, para que no se mueran, porque allí las muchachitas jóvenes estaban embarazadas con 14 años y como no se habían desarrollado lo suficiente, morían. Yo necesito construir la carretera porque necesito salvar a estos hombres vivos. Después de muertos, lo único que puedo ofrecerles es una misa. Y había puesto todo su empeño. Y lo logró.

Creo que nosotros tendríamos que pensar algo al respecto. Muchísimas gracias y perdone la extensión.

**-Orlando Márquez.** Un comentario nada más, si me permiten. Yo comparto con usted. La idea no es volver al pasado, eso no tiene ningún sentido. Incluso hoy día, la educación católica internacionalmente, va rayando casi en la educación pública, porque las escuelas son así. Incluso recuerdo, cuando estuvo aquí hace unos años el cardenal Pío Laggi, que ya murió, que presidía entonces la Pontificia Comisión para la Educación (no sé exactamente el nombre, pero es como el Ministerio de Educación de la Santa Sede), que atiende a las escuelas católicas internacionalmente, nos dijo: la mayoría de los estudiantes de las escuelas católicas no son católicos. O sea, hay muchas personas que se benefician porque es un sistema moderno, ventajoso... Yo estuve en Tailandia, hace unos años, y las hijas del Primer Ministro estudiaban en escuelas católicas y eran budistas. Pero creo que la sociedad puede ir dictando y puede ir sugiriendo qué es lo que hace falta. Y es bueno estar abierto a todas las posibilidades que resulten positivas para las personas. Recuerdo que leyendo aquel libro de Frei Betto Fidel y la religión, Fidel claramente lo decía: aquí erradicamos las escuelas privadas por los conflictos que hubo antes de la Revolución, pero yo no soy contrario a las escuelas privadas. Hace poco dijo otra cosa. Pero en el libro de Frei Betto está que él no era contrario a las escuelas privadas porque hay personas que pueden pagar y eso libera al Estado de mucha carga y si se sienten bien con sus hijos allí, que lo hagan. No estoy diciendo que esa sea la fórmula, sino que hay una variedad de posibilidades que se deben tener en cuenta y la Iglesia está dispuesta, en la medida de lo posible, con su experiencia, con su contacto... Aquí hay una forma de participar en la educación de este país, con esto que ocurre aquí, con lo que ocurre en San Juan de Letrán. Y es una educación que se le llama complementaria, no es una educación formal, no es de competencia con el sistema de educación nacional, pero estamos participando. De esta manera, la Iglesia contribuye a la educación de las personas con esta maestría que acaba de terminar. Son personas que trabajan en empresas cubanas, que vinieron a pasar la maestría y van a aplicar eso en sus empresas, no en una fábrica que tiene la Iglesia de empresariado y esas cosas...

Creo que esa es una manera de participar y ayudar. La buena voluntad para colaborar juntos en un proyecto.

**-Dimas Castellanos, periodista independiente.** Muy breve. Lo que quiero decir es lo siguiente, pensando en las palabras de Márquez, en las del colega de la oposición y en otras. Así de forma esquemática diría que la situación de Cuba es extremadamente compleja. Yo diría que la más compleja de toda nuestra historia. Lo segundo, que hay un potencial de violencia que se convierte en peligroso para el presente y para el futuro de Cuba. Una salida violenta que si se diera, Dios no lo quiera, pues para mí sería también el último capítulo de la historia de la nación cubana. Por tanto, eso implica que hay que hacer todos los esfuerzos, en todas las direcciones, por evitar esa salida violenta en esta compleja situación en que nos encontramos. A partir de ahí, la Iglesia está jugando un papel importantísimo. Un papel determinante en esto que cada uno puede tener un criterio de que se va un poco más allá o un poco más acá, pero está jugando un papel importante, pero es necesario ir pensando, y eso tiene que darlo las condiciones y el avance de todos los sectores sociales de cómo descentralizar gradualmente ese diálogo que varias personas aquí se han referido a ello, de manera que otros actores en la medida que tengan las condiciones y se lo vayan ganando también, puedan participar en este debate hasta que en Cuba se logren restablecer esas cosas que necesitamos tanto que son los Derechos Humanos, las libertades para poder cambiarlo

todo, cuya ausencia es la causa no solamente de los problemas económicos que tenemos, sino de los problemas sociales, de los problemas políticos de todo tipo porque es inaudito, en una sociedad occidental como la nuestra, vivir en ese estado de los Derechos Humanos.

Cuando se mira hacia atrás en la historia, se da cuenta uno de que hubo épocas en la colonia, después del Pacto del Zanjón, que en Cuba se llegó a gozar de libertad de imprenta, de asociación, de reunión y en ese período fue que se formó todo el asociacionismo, todas las condiciones para el cambio que explotó nuevamente en el 95. Sin aquellos cambios del 78, no se hubiera dado lo del 95.

Incluso, ahora que estamos en el centenario de la matanza de 1912, hurgando y leyendo uno encuentra, por ejemplo, que el Partido Independientes de Color, después que fue ilegalizado en 1910, en esos dos años, ilegalmente, logró hacer manifestaciones públicas, debates en teatros y logró que sus dirigentes tuvieran contacto directo con el presidente de entonces, José Miguel Gómez, con el ministro de gobernación que era Gerardo Machado. Cuando uno mira eso dice: como hemos retrocedido en materia de derechos civiles.

Creo que ahí está la esencia de los problemas y creo que esto explota por dondequiera. Hace dos días tuve la oportunidad de participar en el debate de la presentación de la revista Temas y el tema era uno, pero lo que salió a la luz allí, entre las ocho personas del público que participaron era eso. O sea, que se convierte en una necesidad. Claro, el obstáculo fundamental hasta ahora es que el Gobierno no está dispuesto todavía a esto. Y eso no se puede arrancar por la fuerza. Ahí hay que llenarse de paciencia, de inteligencia e ir avanzando en todas las direcciones hasta que en algún momento se logre. Nunca el Gobierno, después de la Revolución, se había acercado a la Iglesia para pedirle que participara como mediadora. Era una cosa inaudita para mí en aquel momento, pues también creo que ese momento va a llegar para otros sectores sociales, pero que todos nosotros tenemos que ir fomentando los espacios, el respeto verbal, la calma, para llegar a ese momento sin que tengamos, desgraciadamente, alguna salida violenta en el futuro del país.

**-Patricia Grogg, *Interpress Service*.** Abusando de su paciencia, tengo dos preguntas, pero son breves. Una, ¿cómo evalúan ustedes la inclusión o el hecho de que el presidente Raúl Castro haya incluido en su informe al Sexto Congreso del Partido Comunista este diálogo? ¿En esta institucionalidad, que usted ha mencionado en varias oportunidades, qué papel compete al laicado en caso de que esta institucionalidad del diálogo se abriera paso?

**-Orlando Márquez.** Creo que el hecho de que el presidente Raúl Castro se haya referido al diálogo de la Iglesia con las autoridades del país y haya descrito, de la manera en que lo hizo, el proceso de la excarcelación y que haya dicho incluso, que era para mí lo más inesperado, que el mérito era de la Iglesia Católica, creo que denota el estilo propio al que yo me refería, de responder a realidades nacionales y de hacer justicia en el sentido de reconocer a la Iglesia como una institución, me refiero a la Iglesia, aunque hay otras iglesias, lo sabemos. Pero fue la Iglesia Católica la que inició este diálogo como una institución que tiene derecho de participación, que debe ser escuchada, que debe ser atendida, porque no es solamente una cuestión religiosa, porque después él demostró en una asamblea, creo que fue el pasado año, también su desacuerdo a una sanción con una persona por motivos religiosos. O sea, que a la cuestión religiosa el enfoque que se le da es bastante distinto al que estábamos acostumbrados a ver. Y el hecho de ese pronunciamiento y de reconocer el papel de la Iglesia, a pesar de las diferencias, como dijo él, hubo diferencias, pero avanzamos y fue posible llevar esto adelante. Creo que eso un acto justo, porque aunque en la Iglesia se dice que el Reino no es de este mundo, en este mundo hay que actuar, y en este mundo la Iglesia actúa. Y los intereses de la Iglesia no son para sí, entonces el interés eran estas cuestiones sociales. Me parece muy positivo y muy justo que él haya reconocido públicamente, y que lo haya reconocido y dicho a otros, a todos los que estaban sentados allí, que eran los delegados al Congreso, que la Iglesia tiene algo que decir y que hacer aquí, y que hay que prestarle atención. Eso me pareció muy positivo.

El laicado en Cuba, la Iglesia en Cuba, está bastante necesitada de agentes pastorales, o sea, hay un poco más de 300 sacerdotes, hay poco más de 600 monjas, hay una población de 11 millones de habitantes. Si uno lo compara con lo que había en el año 1959, con casi 700 sacerdotes y éramos 6 millones de habitantes, pues la Iglesia está muy necesitada de agentes pastorales. El laicado ha ido ocupando en la Iglesia un papel importante, no supliendo nunca al sacerdote, porque no le toca, pero hay determinadas tareas o misiones que el laico puede hacer y que los Obispos han delegado en ellos para hacer estas cosas. Después, en el diálogo incluso, no dudo, porque el diálogo a veces puede ser a nivel institucional, pero hay diálogos que son a nivel de base y los laicos participan muchas veces. Cuando hay una diócesis como Camagüey o La Habana, un arquitecto o un ingeniero que está al frente de las obras de la Iglesia, estas personas son las que participan, para los efectos de la obra constructiva, en ese diálogo con los representantes estatales. Eso ocurre, eso está ocurriendo. Creo que esto puede continuar, dependerá de los Obispos hasta dónde llegará ese diálogo. La Iglesia es jerárquica y, por supuesto, los máximos responsables son los Obispos, pero creo que pueden delegar. Lo han hecho en otras ocasiones y hay algunas cosas en las que pueden participar los laicos y lo harán sin duda alguna. Yo he participado, he colaborado estrechamente con el Cardenal en estos dos últimos años en relación con todo este proceso, y estoy ahí. Creo que sí, que es posible y creo que el laicado en Cuba, aunque sea pequeño... A esto yo me refería cuando hablaba de minorías. El laicado en Cuba tiene cierto peso en la Iglesia, y creo que eso los Obispos lo pueden valorar y lo están valorando. Todas las publicaciones de la Iglesia las dirigen laicos y eso es un modo de comunicarse con la sociedad y de establecer un diálogo y un puente con la sociedad. Esa es otra manera de ser puente... Estoy convencido que en Espacio Laical, pero me consta que en Palabra Nueva cuando

viene un sacerdote, como ha ocurrido, y me dice: yo quisiera que me diera cinco ejemplares más de la revista, porque se distribuye en los pueblos, porque el del Partido y el del Poder Popular y el otro quieren leer la revista. Entonces, esa revista, como estoy seguro que esta otra, se convierte en puente porque ahí coinciden tanto los católicos como los no católicos, los que piensan de un modo o los que piensan de otro, y creo que eso también es un modo de establecer diálogo con la sociedad donde los laicos están participando. No sé si respondo tu pregunta...

**-Manuel Alonso. Consultor económico.** No voy a abordar el gran problema económico que tenemos en el país. Quiero insistir en que son muy importantes las experiencias del diálogo y los debates que tenemos en la actualidad. Se mantienen generalmente a puertas cerradas. Esto, de alguna manera, debe llegar al Granma, a una más amplia área de la población, en la ciudad, en otros lugares. Con alguna regularidad asisto a los debates de Último jueves de Temas y puedo afirmar que participar ahí más la lectura de otras revistas Palabra Nueva, Espacio Laical, me ha permitido crecer como ciudadano. Y creo que mi experiencia pudiera ser la de muchos. Pienso que sería muy constructivo difundir más estos espacios que ya tenemos independientemente de la implementación de otros que son muy necesarios, pero esto es muy importante que los conozcan más personas.

**-Rafael Hernández, director de *Temas*.** Trabajo en la revista Temas, pero no estoy hablando a nombre de la revista. A veces me ha pasado que hablando, he dado charlas en lugares, y la gente le atribuye lo que yo pienso a la revista Temas. Lo que voy a preguntarte tiene que ver con mi punto de vista, y lo que voy a decir tiene que ver con mi punto de vista, también, solamente.

El gobierno ha cambiado, el contexto social ha cambiado, la Iglesia no ha cambiado. Yo, como observador de la realidad cubana siento que ha habido un cambio muy importante, particularmente en este aspecto al que tú te referías hace poco y es el aspecto que tiene que ver con la política cultural de la Iglesia, con la política de la Iglesia en sus medios de difusión. Parte de la agenda de la Iglesia es contar con mayor espacio en la difusión. Sin embargo en la realidad la Iglesia ha ganado un espacio en los últimos 15-20 años que nunca tuvo en materia de influencia, de impacto en la esfera pública. Creo que eso lo ha ganado no solamente porque tiene una variedad de publicaciones que tienen muchas veces hasta un tiraje mayor que algunas de las revistas establecidas, porque lo tienen, y tienen un sistema de distribución nacional muchísimo más eficiente que el que tienen muchas de las revistas establecidas, cosa que yo celebro y de lo cual me alegro, sino también porque la Iglesia se ha abierto también a la cultura cubana, a los espacios públicos de la cultura cubana y a los espacios no católicos. Si nosotros miramos las publicaciones católicas más conocidas de hace 15-20 años y miramos las publicaciones católicas actuales nos vamos a encontrar el tono, la presencia de autores católicos y no católicos, y no solamente la pluralidad en ese sentido, sino la manera de tratar los asuntos de la agenda social y política es diferente.

Recuerdo que hace 15 años a mí me invitaron a hablar de las publicaciones cubanas en una institución cubana, y yo incluí las revistas católicas y a partir de ahí tuve una gran bronca porque me decían que eso no era parte de las publicaciones y yo decía que sí, que cómo no iban a ser parte de las publicaciones si se estaban moviendo. Creo que hoy nadie, independientemente de los aspectos jurídicos que tienen que ver con las publicaciones católicas, diría que esas publicaciones no forman parte legítima del contexto de las publicaciones cubanas y que, como tú dices, también el Secretario del Partido se las quiere leer. Y probablemente no por las mismas razones que tenía leerse ciertas publicaciones de algunas provincias en una época anterior.

Entonces pienso que ese cambio que tiene que ver también con la presencia de gente con otras perspectivas dentro de los propios eventos que la Iglesia propicia, como por ejemplo, la Semana Social..., yo creo que también están reflejando una manera distinta de la Iglesia de conectarse, de procesar, de relacionarse con ese entorno social que nada tiene que ver con haber renunciado a sus objetivos, ni a su línea ni a su estrategia anterior.

Quisiera que tú comentaras sobre este aspecto y también que pensando en las relaciones, viendo la política cultural, precisamente no como las relaciones con las instancias políticas, sino las relaciones con la sociedad civil, ¿cómo es el diálogo, no solamente con los sectores no católicos de la intelectualidad sino también con otras Iglesias? Puesto que Iglesia Católica no es la única Iglesia cubana, quizás en este momento sea la que tiene este tipo de interlocución más especial con el gobierno, pero de hecho, el gobierno tiene un diálogo con otras Iglesias. Olvidémonos por un momento de las relaciones Iglesia-Estado. Las relaciones Iglesia-Iglesias. ¿Tú pudieras comentar sobre eso?

**-Orlando Márquez.** Bueno, sobre la primera parte no sé como comentar, porque coincido con todo lo que me has dicho. En todo caso tendría que ver con si hubo cambios y se produjeron en la Iglesia. También tú lo conoces. Desde el año 1986 para acá, después del ENEC, y procesar todo el ENEC, una Iglesia que vivió hasta ese momento con la debacle de los 60 hasta los 80, vivió casi en el enclaustramiento, era lo que se llamaba una pastoral de conservación, conservar lo poquito que tenemos. Hasta que llegó el ENEC y dijo: no, hay que salir al contacto con la sociedad. La Iglesia no puede vivir así, encerrada en una concha, no importa el conflicto que haya habido. Así se hizo, poco a poco, y creo que eso lo facilitó también la memoria religiosa de este país, que conserva una memoria religiosa, que está en la cultura de Cuba, con todas las diferencias que pueda haber, hay una memoria religiosa y un referente eclesial. Y entonces eso también nos abrió y nos puso en contacto con la sociedad. Creo que el hecho mismo, como se preguntaba antes, del papel del laico. El hecho de que muchos de los laicos sean los que tengan este tipo de responsabilidad hace más fácil el contacto con el mundo fuera de la

Iglesia, por razones de trabajo, de intereses culturales, de intereses profesionales (por las revistas), como lo hacen en Espacio Laical o como lo intentamos hacer nosotros, no siempre es fácil, porque todavía hay mucha reserva al acercarse a la Iglesia Católica. El mundo no tanto cultural, pero sí el mundo intelectual, cuesta mucho trabajo. No es tu caso, no es el de otros, pero hay muchos casos que cuesta trabajo acercarse a la Iglesia Católica porque hay personas que han cambiado, pero hay ciertas estructuras que permanecen casi inamovibles y el manual está ahí, sigue dictando las pautas y hay que seguir ese manual.

Pero creo que el hecho de que los laicos estén dirigiendo muchas de estas cosas ha ayudado y ha facilitado el contacto con el mundo exterior, con la sociedad cubana, con la cultura, la ciencia, etc, y es lo que se ha logrado, y otros proyectos que tienen ellos...

Tú mismo has participado en nuestras revistas también y otras personas que tú conoces también han participado en nuestras revistas. Y eso ha sido muy positivo, porque el objetivo siempre debe ser construir: estamos hablando de puentes. El objetivo es construir y acercar. Otra cosa no tiene ningún sentido.

Un comentario. El ecumenismo en Cuba hace mucho rato que está muy, muy débil. No solamente entre la Iglesia Católica y las demás Iglesias cristianas. Según tengo entendido por los mismos pastores, incluso el ecumenismo dentro del Consejo de Iglesias de Cuba se hace a veces difícil, pero está... Eso es un reto y un desafío en el cual no se ha avanzado mucho. Hay relaciones, sí, y en la misma Semana Social estuvieron pastores protestantes; siempre tratamos de invitar algún pastor protestante y se celebra cada año la Semana de Oración por la Unidad de los Cristianos, que tiene lugar en el mes de enero, semanas de oración y jornadas ecuménicas, pero más allá de eso no se ha avanzado mucho, desde hace muchos años.

**-Padre Fornaris.** El padre Yosvany Carvajal, el rector del Centro, no ha podido estar con nosotros hoy por cuestiones familiares, pues tiene un tío enfermo, y me pidió que pasara por aquí y les diera las gracias a Orlando Márquez, a Roberto Veiga y a todos ustedes por su presencia. No pude venir al principio, tenía otra cosa, que estaba programada desde antes, pero el final que oí me parece que fue de provecho para todo el mundo, así que me alegro mucho de poder decirles esto y lamento no haber estado más temprano.

La revista *Espacio Laical* puede ser vista en [www.espaciolaical.net](http://www.espaciolaical.net)  
y adquirida en la Casa Laical, sita en Teniente Rey #152 (tercer piso)  
e/ Bernaza y Villegas, La Habana Vieja.

#### **CRÉDITOS:**

Equipo de redacción: Pbro. Yosvany Carvajal Sureda, Roberto Veiga González y Lenier González Mederos.

Diseño: Ballate

[Regresar arriba](#)